

—¡Vete al diablo, desgraciado!
No lo ha dicho todo Lutero. Los historiadores anabaptistas pretenden que sus profetas Stubner, como Cellarius, piden al reformador algunos milagros; también él podía hacer saber que era el enviado de Dios. Indiscreta cuestión, que montó en tal cólera á Martin, que despidió la asamblea sin querer oír mas.

Fuera de esto, es un suceso muy señalado que Lutero se refugiase en el catolicismo para confundir á su adversario, y emplease contra los fanáticos el argumento de San Atanasio contra Arius: esta grande prueba, escrita en los cielos, que Tomás, de la cual se ha burlado tan ampliamente, quiere que, ante todo, pidan á quien se ha rebelado contra la unidad. Algunos años despues otro reformador, Zwinglio, colocado enfrente de la sotana azul, Gregorio Blawrock, otro visionario salido del anabaptismo, no busca los fenómenos en el sol; pero invoca contra él la autoridad y la tradicion.

«Si permitimos, dice, á todo hombre de cabeza fogosa y espíritu quisquilloso, enredador, derramar en público todas las locas elucubraciones de su cerebro, hacer discípulos é instituir una secta, veríamos las sectas y las facciones pulular en la Iglesia de Cristo, que no ha conquistado la unidad sino despues de grandes trabajos y de constantes luchas. En esta ocasion es, pues, necesario consultar la Iglesia, y no escuchar la pasión y las preocupaciones. La inteligencia de la Escritura no pertenece ni á vos ni á mí; pero sí á la Iglesia, que tiene las llaves y el poder de estas mismas llaves.»

Bullinger cuenta que la sotana azul gritó: «¿No habeis, vosotros los sacramentarios, roto con el Papa, sin haber consultado la Iglesia, de la cual salis, y de una Iglesia que no data de ayer? ¿No nos será permitido abandonar la vuestra, que no tiene sino algunos dias de existencia? Lo que habeis hecho, ¿no lo podríamos repetir?» Aquí calla

Bullinger. Hubiésemos querido conocer la respuesta de Zwinglio.

Cellarius no era un adversario del cual Lutero pudiese quedar orgulloso; pero sí de Munzer, á quien él hubiera querido atraer por medio de la simpatía secreta que hacía esta alma ardiente sentia. Munzer, por su parte, pensó que podía, entreteniéndolo á Lutero, ganarle para su causa, y se trató de que tuviesen una entrevista estos dos hombres.

Munzer vino á Wittemberg; las conferencias tuvieron lugar; fueron largas, y mantuvieron en expectativa todos los ánimos. La razon, la pasión, la súplica, la amenaza, todo lo empleó Lutero: su rival hizo uso de las mismas armas. Despues de inútiles cambios de palabras, los dos adversarios se separaron, para no verse sino en la eternidad, acusando Lutero á Munzer de ser un demonio en figura de hombre, y protestando Munzer que Lutero estaba poseido de una legion de diablos. Lutero, que habia ofrecido no emplear contra sus adversarios sino la lógica, solicitó del duque Federico un decreto de proscripcion ó destierro contra Storck y sus partidarios; y Munzer, arrojado de ciudad en ciudad, se refugia, para sustraerse á las venganzas del padre de la Reforma, en una cabaña de la Turinzia, donde su palabra sublevó bien pronto á los campesinos.

Nosotros le volveremos á encontrar en Franckenhausen. Ciertamente era un hermoso triunfo el que la palabra luteranense habia adquirido sobre el fanatismo.

Los profetas no osaban sostener la mirada del monge, echando menos á Wittemberg, y cuidaban estender sus fantásticas ideas por las aldeas, y arrastrar tras sus delirios á sus habitantes, que sucumbian á bandadas.

Mas atrevido que Lutero, Munzer vertia sobre las provincias palabras entusiastas ó seductoras, que tomaba, si mal no nos acordamos, de las proposiciones del mismo Lutero contra las indulgencias. El pueblo se rebelaba contra sus señores. Una lucha se anunciaba, en la cual el pueblo

remedaba su fuego, fuego de engaño y de mentira. Lutero veía la tormenta, y profetizaba el día en que la Alemania se resistiría hasta con su propia sangre. Estas tempestades populares le habían sido anunciadas por signos particulares y especiales, que interpretaba á su manera. Desde luego el ardor de las pasiones se apagaba con el tiempo; mas tarde, el descubrimiento de dos monstruos, un Papa-burro y un monge-buey, encontrados, el uno en el Tiber, y el otro en Freyberg, como si su misma doctrina no fuese un augurio bastante resplandeciente de calamidades; la meditacion y la palabra que habia de predicarse en cátedras, y el manifiesto bastante claro contra el orden social y religioso.

Algunos días despues de su grande cólera contra los pro'e as, fue cuando predicó sobre el matrimonio aquel sermon que Bossuet calificó de famoso, no encontrando en su idioma de Obispo otra palabra que lastimase menos sus oídos.

¿Es posible que ninguna voz se haya levantado para imponer silencio al orador; que la madre no haya tomado de la mano á su hijo para sacarlo fuera del santuario, y que no haya habido un magistrado que arrojase de la cátedra este mercader de palabras lúbricas, que convierte el lugar santo en taberna? ¿Que se nos diga si alguna vez, antes de la Reforma, un solo predicador espuso en el púlpito semejantes ideas! ¿Si un Obispo católico no suspendería al sacerdote que tuviese la desvergüenza de usar semejante lenguaje! Observemos que esto no es una improvisacion; pero sí un discurso hecho á la manera de la escuela antigua, ordenado en el gabinete con tiempo y tranquilidad, segun las leyes de la retórica; que tiene su testo, sus divisiones, partes y peroracion, y que una vez pronunciada, fue traducida por Lutero al latin, á fin de que ninguna palabra pronunciada por él dejase de ser meditada por los hombres sabios y entendidos.

Erasmus, leyendo el sermon de Lutero sobre el matrimonio, gritó: «¡Esto es una farsa!» Ved aquí al hombre que en el fondo de todas las cosas encuentra la mofa y la risa. ¡Como si Lutero, con sus inconcebibles libertades, hubiese formado propósito de hacer reir á su auditorio! ¡Como si hubiese tomado asiento en la mesa cerca de Jonnás, de Melanchthon, de Amsdorf, sus alegres comensales en sus cenas de bodegon! Los monges no entraban en este juego; su sermon no era sino una jocosidad. Estos trasportes acerca del matrimonio tenían su objeto, que era el de preparar la emancipacion de los conventos, el himeneo de los sacerdotes y hasta del mismo predicador. Porque si es verdad que el celibato es un estado contra la naturaleza, una ofensa contra Dios, y una rebelion de la carne contra el espíritu, es fácil concebir que el que se dice enviado del cielo para reformar la sociedad cristiana no permanecerá por mucho tiempo en lucha contra el Señor. Todas estas palabras, cayendo de la cátedra evangélica, vienen á trastornar el espíritu á la jóven consagrada á Dios, al levita que se prepara á subir al altar, y, finalmente, al sacerdote que vive en la castidad.

Un solo príncipe, el católico Jorge, fue el único en toda la Alemania que se horrorizó de las libertades de Lutero; los demas no prestaron la menor atencion.

El duque escribia á Lutero, quejándose de la corrupcion de las costumbres, del adulterio y del libertinaje que el lenguaje sajón llevaba consigo.

En vano ha buscado el Dr. de Vette en los archivos de Alemania la contestacion de Lutero al duque Jorge.

¿Os acordais del anciano vicario general de los agustinos, Staupitz, el mejor apóstol que Lutero tuvo sobre la tierra, despues de Cotta? Pues bien: no pudo sin avergonzarse leer el discurso de Martin sobre el matrimonio, y al instante, iluminado por el cielo, abandonó al mismo tiempo al doctor y á sus doctrinas. Dios, con sus destellos de su

infinita misericordia, debía ilustrar á este sacerdote, cuya alma era toda caridad. Staupitz se convirtió á la fe de su convento. Había dado su adios al mundo en un tratadito, especie de aguinaldos que los monges acostumbraban á dirigir por Pascuas á sus mas queridos feligreses. Aquel librito lo habia dedicado á la duquesa de Baviera. Escuchad; no direis que sus líneas han sido escritas por el autor de la *Imitacion*: «Amar, es rogar; quien ama, ruega; el que ama á Dios, le sirve; el que no le ama, no sabrá servirle, aun cuando tuviese el poder de colocar una montaña sobre otra. Ama, pues, ¡oh hombre! si quieres complacer á Dios.» Staupitz unia el precepto al ejemplo; él amaba, él rogaba y hacia buenas obras, porque como habia reconocido la fe, no sabia ser estéril.

Staupitz era un aleman de antigua raza, y de una franqueza particular: «Hermano mio, dijo á Lutero: os abandono desde que me he convencido que arrastrais con esas todas las pasiones desordenadas.»

CAPITULO XXI.

ADRIANO VI.—DIETA DE NUREMBERG.—1522 Y SIGUIENTES.

Adriano, profesor de filosofía en Lovaina, es nombrado Papa.—Su vida literaria en Holanda.—Su llamada á Erasmo para defender el principio católico.—Vacilacion y repulsa del filósofo.—El Papa Adriano y sus reformas.—Manifiesto de Lutero.—Libro de la magistratura seglar.—Dieta de Nuremberg.—Tentativas del Papa para avenir los ánimos.—El legado Cheregat.—Contestacion de la Dieta al Nuncio.—Nuevo manifiesto de Lutero.—Muerte de Adriano.

MIENTRAS que Lutero predicaba en la iglesia de Wittenberg su sermon sobre el matrimonio, otro sacerdote, sobre el cual tenia tambien la Providencia fija su atencion, enseñaba la teología en Lovaina. Llamaban á este el doctor Florent. Dios no le habia concedido el don de alborotar la muchedumbre. Su palabra era tan sencilla y sin adornos, como su mismo traje. Habitaba en la Universidad un cuarto pequeñito, verdadera celda, donde Erasmo, al dirigirse á Rotterdam, atravesando á Lovaina, pudo difícilmente descansar. Madrugaba para estudiar, y no hacia sino una comida al dia; amaba á los pobres, y compartia con ellos los mil florines que le producía su plaza: finalmente, les cedia uno